



Respuestas para tener Fe

¿CÓMO ES EL CIELO?

Inimaginable. Se puede desbordar la imaginación y componer las situaciones más deseables. Siempre se quedaría en aproximaciones y posibilidades. Como el deseo de felicidad es grande, no es fácil que pueda colmarse con cualquier suposición que necesariamente tenemos que hacer con los datos que a la imaginación suministran los sentidos.

Sin embargo, esa misma posibilidad de hacer una descripción de cómo es el cielo ya es, de alguna manera, un acercamiento a la realidad del cielo: supera todo lo imaginable. No es un lugar. Es una situación: la de aquellos que han llegado a la plenitud en Cristo. Es decir, es esa unión definitiva con Dios sin el menor temor de perderla nunca. Es la consecuencia última de la victoria de Cristo sobre el mal y sobre la muerte. Todo ha sido redimido. Todo ha sido restaurado. Y el hombre, en la humanidad de Cristo, glorificado.

Dios, siempre Dios, es la razón última de todo. Todas las realidades de este mundo están orientadas a Él. También el profundo deseo de felicidad que existe en el corazón del hombre. Es la felicidad que no puede colmarse sino en una situación completamente nueva e indescriptible.

La Iglesia es como señal y sacramento, dice el Concilio Vaticano II. Un signo de la unión íntima con Dios en Cristo. Y la Iglesia es el comienzo de es Reino definitivo de Dios en el que la unidad entre Dios y los hombres, entre Cristo y los rescatados por su sangre, será perfecta.

Inimaginable e inagotable. Manantial de felicidad sin posibilidad alguna de que pueda agotarse. Felicidad es la que participará el universo entero: "Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos como se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los

corazones de los hombres" (Vaticano II, *Gaudium et Spes*)

Solamente Cristo puede ser la medida de las aspiraciones del hombre. También aquí pueden valer las palabras de san Agustín: la medida del amor es un amor sin medida. Todo será insólito y nuevo: cielos nuevos y tierra nueva en los que habite la justicia y todo tenga a Cristo por Cabeza.

Aunque no son pocas la imágenes y las referencias al "Jerusalén celeste", todo queda superado por la capacidad amorosa de Dios, que prepara para los elegidos lo que ni los más grandes deseos pudieran

pedir. Dios siempre lo supera todo. Como es evidente, la visión de Dios tiene que ser totalmente distinta de una realidad meramente física, superada con el tránsito de la muerte. Más que ver a Dios es estar con Dios, vivir en Dios.

El Concilio Vaticano II ha preferido hablar de la "Iglesia celestial", de aquellos que gozan de la gloria contemplando a Dios mismo. Y en el *Credo del pueblo de Dios*, de Pablo VI, explícitamente se dice: "Creemos que la multitud de aquellas almas que con Jesús y María se congregan en el paraíso forma

la Iglesia celestial, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios como Él es, y participan también, ciertamente en grados y modos diversos, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraternal solicitud ayudan grandemente a nuestra flaqueza."

Ha de pensarse en el cielo como en esa comunión íntima y personal con Dios. Gozando de la luz y el amor del misterio trinitario desvelado, en el gozo de la presencia y de la compañía de la Santísima Virgen María y de los santos. Seremos nosotros mismo, pero con Cristo, inseparables de Él. Nuestra vida es Cristo.

